



Arthur Conan Doyle

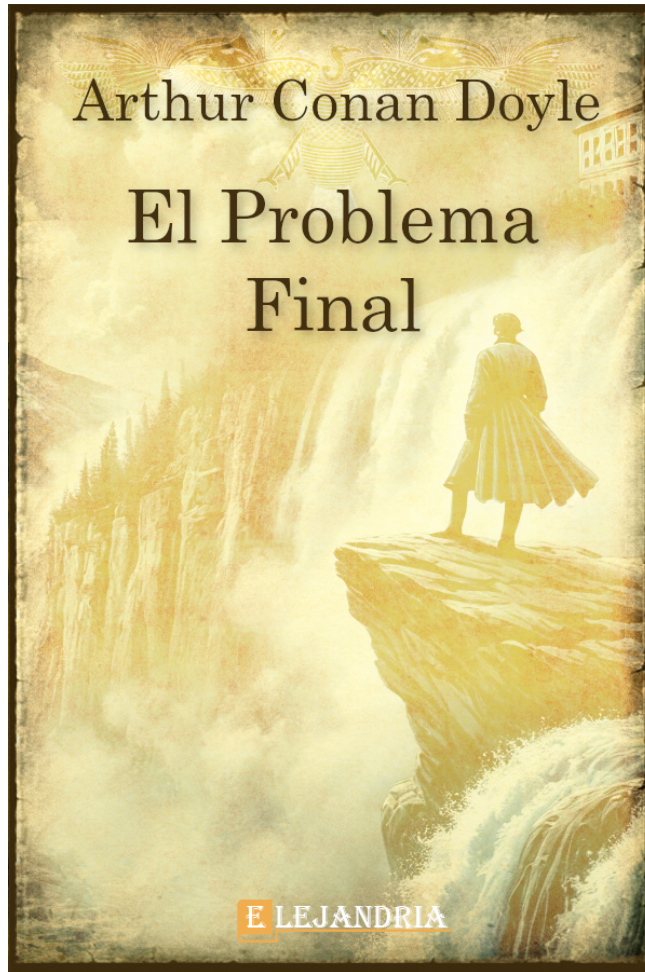
El Problema Final



E LEJANDRIA

Arthur Conan Doyle

El Problema
Final



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL PROBLEMA FINAL

ARTHUR CONAN DOYLE

PUBLICADO: 1894

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: A. L. BURT, NEW YORK, 1894

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

EL PROBLEMA FINAL

Es con el corazón encogido que tomo la pluma para escribir estas últimas palabras en las que registraré, por última vez, los singulares dotes que distinguían a mi amigo el señor Sherlock Holmes. De manera incoherente y, según lo siento profundamente, de modo totalmente insuficiente, he procurado dar cuenta de mis extrañas experiencias en su compañía, desde el azar que nos unió por primera vez en el período de "Estudio en Escarlata", hasta el momento de su intervención en el asunto del "Tratado Naval"—una intervención que tuvo, sin lugar a dudas, el efecto de evitar una seria complicación internacional. Mi intención había sido detenerme allí y no decir nada del hecho que ha creado un vacío en mi vida que el transcurso de dos años ha hecho poco por llenar. Sin embargo, mi mano se ha visto forzada por las recientes cartas en las que el coronel James Moriarty defiende la memoria de su hermano, y no me queda otra que exponer los hechos al público tal como sucedieron. Solo yo conozco la verdad absoluta del asunto, y estoy convencido de que ha llegado el momento en que no sirve de nada suprimirla. Hasta donde sé, han existido únicamente tres relatos en la prensa: el del Journal de Genève del 6 de mayo de 1891, el telegrama de Reuters en los periódicos ingleses del 7 de mayo, y, finalmente, la reciente carta a la que he aludido. De estos, el primero y el segundo fueron extremadamente condensados, mientras que el último es, como demostraré a continuación, una absoluta perversión de los hechos. Me corresponde a mí relatar por primera vez lo que realmente tuvo lugar entre el profesor Moriarty y el señor Sherlock Holmes.

Quizá recordéis que, tras mi matrimonio y mi posterior comienzo en la práctica privada, la relación tan íntima que existía entre Holmes y yo se fue modificando en cierta medida. Él aún venía de vez en cuando cuando deseaba compañía en sus investigaciones, pero estas ocasiones se hicieron cada vez más raras, hasta que hallé que en el año 1890 sólo conservaba registro de tres casos. Durante el invierno de ese año y la temprana primavera de 1891 vi en los periódicos que había sido contratado por el gobierno francés para un asunto de suprema importancia, y recibí dos notas de Holmes, fechadas en Narbona y en Nimes, de las cuales deduje que su estancia en Francia iba a ser prolongada. Por ello, me sorprendió bastante verle entrar en mi consulta en la tarde del 24 de abril. Me llamó la atención que parecía aún más pálido y demacrado de lo habitual.

—Sí, me he estado consumiendo un poco demasiado —comentó, respondiendo a mi mirada más que a mis palabras—. Últimamente he tenido un poco de apuro. ¿Te importaría que cerrara tus persianas?

La única luz en la habitación provenía de la lámpara sobre la mesa en la que estaba leyendo. Holmes se deslizó por el muro y, echando las persianas, las trabó de forma segura.

—¿Tienes miedo de algo? —pregunté.

—Pues sí, lo tengo.

—¿De qué?

—De las armas de aire.

—Querido Holmes, ¿a qué te refieres?

—Creo que me conoces lo suficiente, Watson, para entender que no soy de los nerviosos. Al mismo tiempo, es una tontería, más que valentía, negarse a reconocer el peligro cuando está cerca. ¿Podrías hacerme el favor de encender un cigarrillo?

Atrayendo el humo de su cigarrillo, como si aquella influencia calmante le fuera grata, añadió:

—Debo disculparme por llamar tan tarde, y además te ruego que seas tan poco convencional como para permitirme salir de tu casa en este instante, trepando por el muro de tu jardín trasero.

—¿Pero qué significa todo esto? —pregunté.

Extendió la mano y, a la luz de la lámpara, vi que dos de sus nudillos estaban rotos y sangrando.

—No se trata de una nimiedad, ¿ves? —dijo sonriendo—. Al contrario, es lo bastante sólido como para que un hombre se rompa la mano.

—¿Está la señora Watson?

—Se fue de visita.

—¿En serio? ¿Y estás solo?

—Exactamente.

—Entonces, se me ocurre proponerte que te acompañe durante una semana al continente.

—¿Adónde?

—Oh, a cualquier parte. Para mí es lo mismo.

Había algo muy extraño en todo esto. No era de la naturaleza de Holmes tomarse unas vacaciones sin rumbo, y algo en su rostro pálido y demacrado me decía que sus nervios estaban al límite. Percibió la pregunta en mis ojos y, juntando las puntas de los dedos y apoyando los codos sobre las rodillas, explicó la situación.

—¿Acaso no has oído hablar del profesor Moriarty? —dijo.

—Nunca.

—¡Ahí radica el genio y la maravilla de todo esto! —exclamó—. El hombre se extiende por Londres y nadie ha oído de él. Eso es lo que lo coloca en la cúspide de los registros del crimen. Te digo, Watson, en serio, que si pudiera vencer a ese hombre, si pudiera liberar a la sociedad de él, sentiría que mi propia carrera había alcanzado su cenit, y estaría dispuesto a dedicarme a una línea de vida más

apacible. Entre nosotros, los recientes casos en los que he asistido a la familia real de Escandinavia y a la república francesa me han dejado en una posición tal que podría vivir de forma tranquila, concentrándome en mis investigaciones químicas. Pero no podría descansar, Watson, no podría sentarme quieto en mi silla, si pensara que un hombre como el profesor Moriarty deambula por las calles de Londres sin ser desafiado.

—¿Qué ha hecho, entonces?

—Su carrera ha sido extraordinaria. Es un hombre de buena cuna y excelente educación, dotado por la naturaleza de una facultad matemática fenomenal. A los veintiún escribió un tratado sobre el teorema binomial, que gozó de fama en Europa. Gracias a ello ganó la Cátedra de Matemáticas en una de nuestras universidades menores, y parecía tener, a todas luces, una carrera brillante por delante. Pero el hombre tenía tendencias hereditarias de la más diabólica clase. Una vena criminal corría por su sangre que, lejos de moderarse, se intensificó y se volvió infinitamente más peligrosa por sus extraordinarias facultades mentales. Rumores oscuros se reunían a su alrededor en la ciudad universitaria, y finalmente se vio obligado a renunciar a su cátedra y bajar a Londres, donde se instaló como entrenador militar. Eso es lo que se sabe en el mundo, pero lo que te estoy contando ahora es lo que he descubierto yo mismo.

—Como bien sabes, Watson, no hay nadie que conozca el mundo criminal superior de Londres tan bien como yo. Durante años he sido consciente de algún poder que se oculta tras el malhechor, alguna fuerza organizadora profunda que se interpone siempre en el camino de la ley y cubre con su escudo al delincuente. Una y otra vez, en casos de toda clase—casos de falsificación, robos, asesinatos—he sentido la presencia de esa fuerza, y he deducido su acción en muchos de aquellos crímenes aún no descubiertos en los que no fui consultado personalmente. Durante años me he esforzado en derribar el velo que lo cubría, y por fin llegó el momento en que

seguí su rastro hasta que, tras mil enrevesados giros, me condujo hasta el ex profesor Moriarty, de renombre matemático.

—Es el Napoleón del crimen, Watson. Es el organizador de la mitad de lo que es maldad y de casi todo lo que permanece oculto en esta gran ciudad. Es un genio, un filósofo, un pensador abstracto. Tiene un cerebro de primera categoría. Permanece inmóvil, como una araña en el centro de su telaraña, pero esa red tiene mil irradiaciones, y él conoce muy bien cada vibración de todas ellas. Él hace poco por sí mismo. Solo planea. Pero sus agentes son numerosos y están espléndidamente organizados. Sea que haya un crimen por cometer, un documento que falsificar, diremos, una casa que registrar, un hombre que eliminar—se le pasa la palabra al profesor, se organiza el asunto y se ejecuta. El agente puede ser atrapado. En ese caso se encuentra dinero para su fianza o su defensa. Pero el poder central que utiliza al agente nunca es atrapado—ni siquiera sospechado. Esta era la organización que deduje, Watson, y a la que dediqué toda mi energía en exponer y desarticular.

—Pero el profesor estaba rodeado de resguardos tan astutamente ideados que, por más que yo quisiera, parecía imposible obtener pruebas que condenaran en un tribunal. Conoces mis capacidades, querido Watson, y sin embargo, al cabo de tres meses tuve que confesar que al fin me había topado con un adversario que era mi igual intelectual. Mi horror ante sus crímenes se perdía en mi admiración por su habilidad. Pero finalmente realizó un viaje—aunque un viaje muy corto—que resultó ser más de lo que podía permitirse cuando yo estaba tan cerca de él. Se me presentó la ocasión, y a partir de ese momento fui tejiendo mi red a su alrededor hasta que ahora estaba a punto de cerrarse. En tres días—es decir, el próximo lunes—las cosas estarán maduras, y el profesor, junto con todos los miembros principales de su banda, estará en manos de la policía. Vendrá el mayor juicio criminal del siglo, el esclarecimiento de más de cuarenta misterios, y la horca para todos ellos; pero si actuamos prematuramente, comprenderás que podrían escaparse de nuestras manos hasta el último momento.

—Ahora bien, si hubiera podido hacer esto sin que el profesor Moriarty lo supiera, todo habría estado bien. Pero él era demasiado astuto para eso. Vio cada paso que di para tenderle mi trampa. Una y otra vez trató de librarse, pero yo lo impedía cada vez. Te digo, amigo mío, que si se pudiera escribir un relato detallado de ese silencioso combate, ocuparía el lugar como la obra de contrincante más brillante en la historia de la investigación. Jamás me había elevado tanto, y nunca un oponente me había presionado tanto. Él hirió profundamente, y aun así yo le devolvía el golpe. Esta mañana se dieron los últimos pasos, y tan solo se necesitaron tres días para culminar el asunto. Yo estaba sentado en mi habitación meditando, cuando la puerta se abrió y el profesor Moriarty se plantó ante mí.

—Mis nervios resisten bastante, Watson, pero debo confesar que me he sobresaltado al ver al mismísimo hombre que había ocupado mis pensamientos, parado en mi umbral. Su aspecto me resultó muy familiar. Es extremadamente alto y delgado, su frente se abombaba en una curva blanca, y sus dos ojos estaban hundidos en la cabeza. Está afeitado, pálido y de aspecto ascético, conservando algo del aire de profesor en sus facciones. Sus hombros redondeados por tanto estudio, y su rostro sobresale hacia adelante, oscilando lentamente de un lado a otro de forma curiosamente reptiliana. Me miró con gran curiosidad con sus ojos encogidos.

—Tienes menos desarrollo frontal del que habría esperado —dijo al fin—. Es un peligro cargar con armas apuntadas en el bolsillo de la bata.

El hecho es que, al entrar, reconocí de inmediato el extremo peligro personal en el que me hallaba. La única escapatoria concebible para él consistía en silenciar mi lengua. En un instante, saqué el revólver del cajón y lo metí en el bolsillo, cubriéndolo con un paño. Ante su comentario, saqué el arma y la coloqué, amartillada, sobre la mesa. Él seguía sonriendo y parpadeando, pero había algo en sus ojos que me hizo sentir muy agradecido de tener el arma allí.

—Evidentemente no me conoces —dijo.

—Al contrario —respondí—. Creo que es bastante obvio que sí. Toma asiento. Te concederé cinco minutos si tienes algo que decir.

—Todo lo que tengo que decir ya ha pasado por tu mente —contestó.

—Quizá, entonces, mi respuesta ya ha pasado por la tuya —réplico.

—¿Te mantienes firme?

—Absolutamente.

Metió la mano en el bolsillo, y yo levanté la pistola de la mesa. Pero él simplemente sacó un libretito en el que había garabateado unas fechas.

—Te cruzaste en mi camino el 4 de enero —dijo—. El día 23 me incordiaste; a mediados de febrero me causaste serios inconvenientes; a finales de marzo se vieron absolutamente truncados mis planes; y ahora, al cierre de abril, me encuentro en tal situación por tu constante persecución que estoy en peligro real de perder la libertad. La situación se ha vuelto insostenible.

—¿Tienes alguna sugerencia? —pregunté.

—Debes dejarlo, señor Holmes —dijo, moviendo la cabeza—. Realmente debes, ya sabes.

—Después del lunes —dije.

—Uf, uf —replicó—. Estoy seguro de que un hombre de tu inteligencia sabrá que sólo puede haber un desenlace en este asunto. Es necesario que te retires. Has dispuesto las cosas de tal forma que nos queda sólo una salida. Ha sido un placer intelectual ver cómo has lidiado con este asunto, y te aseguro, sin afectación, que me dolería tener que recurrir a medidas extremas. Sonríes, señor, pero te aseguro que en realidad lo haría.

—El peligro es parte de mi oficio —comenté.

—Eso no es peligro —dijo—. Es destrucción inevitable. No te interpones solo en contra de un individuo, sino de una poderosa

organización, cuya magnitud completa, a pesar de toda tu astucia, no has logrado comprender. Debes alejarte, señor Holmes, o serás pisoteado.

—Temo —dije, levantándome— que, en el placer de esta conversación, descuido asuntos importantes que me esperan en otro lugar.

Él se levantó también y me miró en silencio, negando con la cabeza tristemente.

—Bueno, bueno —dijo al fin—. Parece una lástima, pero he hecho lo que he podido. Conozco cada movimiento de tu juego. No puedes hacer nada antes del lunes. Ha sido un duelo entre tú y yo, señor Holmes. Tú esperas ponerme en el banquillo de los acusados. Te digo que yo jamás lo haré. Tú esperas vencerme. Te digo que nunca me vencerás. Si eres lo suficientemente astuto como para traerme la destrucción, ten por seguro que yo te haré lo mismo.

—Me has hecho varios cumplidos, señor Moriarty —dije—. Permíteme corresponderte diciendo que, si se me asegurara esa eventualidad, en interés del público aceptaría con gusto lo otro.

—Te puedo prometer lo primero, pero no lo segundo —gruñó, girando entonces su espalda rechoncha y saliéndose de la habitación, parpadeando mientras se desvanecía.

Esa fue mi singular entrevista con el profesor Moriarty. Confieso que dejó un efecto desagradable en mi mente. Su modo suave y preciso de hablar deja una convicción de sinceridad que un mero matón no podría producir. Por supuesto, dirás: —¿Por qué no tomar precauciones policiales contra él?—, pero la razón es que estoy convencido de que será a través de sus agentes a quien caerá el golpe. Tengo las mejores pruebas de que así será.

—¿Ya te han agredido?

—Querido Watson, el profesor Moriarty no es un hombre que deje que se le crezca la hierba bajo los pies. Salí al mediodía para hacer unos negocios en Oxford Street. Al pasar la esquina que conduce de

Bentinck Street hacia el cruce de Welbeck Street, una furgoneta de dos caballos, conducida furiosamente, dio la vuelta y se abalanzó sobre mí como un relámpago. Corrí hacia la acera y me salvé por un instante. La furgoneta dobló por Marylebone Lane y se esfumó en un instante. A partir de ahí me mantuve en la acera, Watson, pero al bajar por Vere Street, un ladrillo cayó desde el tejado de una de las casas y se hizo pedazos a mis pies. Llamé a la policía y mandaron examinar el lugar. Había tejas y ladrillos apilados en el tejado en previsión de unas reparaciones, y pretendían hacerme creer que el viento había derribado alguno de ellos. Por supuesto, yo sabía mejor, pero no pude probar nada. Tomé un taxi y llegué a los cuartos de mi hermano en Pall Mall, donde pasé el día. Luego me dirigí hacia ti, y en mi camino fui atacado por un rudo con un garrote. Lo derribé, y la policía lo tiene detenido; pero te aseguro con total certeza que jamás se encontrará la menor conexión entre el caballero a quien he abofeteado con mis nudillos y el retirado entrenador matemático, que me atrevo a decir, estará resolviendo problemas en una pizarra a diez millas de distancia. No te extrañes, Watson, de que mi primer acto al entrar en tus habitaciones haya sido cerrar tus persianas, y de que haya tenido que pedirte permiso para salir de la casa por una vía menos visible que la puerta principal.

Siempre admiré el coraje de mi amigo, pero nunca tanto como ahora, mientras él repasaba tranquilamente una serie de incidentes que debieron haber combinado para conformar un día de horror.

—¿Te quedarás a pasar la noche aquí? —dije.

—No, amigo mío, podrías encontrarme un huésped peligroso. Tengo mis planes ya trazados, y todo saldrá bien. Los asuntos han avanzado tanto que pueden proceder sin mi ayuda hasta el arresto, aunque mi presencia es necesaria para una condena. Es obvio, por lo tanto, que no puedo hacer más que escapar durante los pocos días que quedan antes de que la policía tenga carta blanca para actuar. Me haría gran honor, pues, que me acompañaras al continente.

—La consulta está tranquila —dije—, y tengo un vecino muy colaborador. Me alegraría acompañarte.

—¿Y salir mañana por la mañana?

—Si es preciso.

—Oh, sí, es muy necesario. Entonces, estas son tus instrucciones, y te ruego, querido Watson, que las cumplas al pie de la letra, pues ahora juegas a dos manos conmigo contra el bribón más astuto y la organización criminal más poderosa de Europa. ¡Escucha! Despacha cualquier equipaje que tengas a mano mediante un mensajero de confianza sin dirección, hacia Victoria, esta noche. Por la mañana, pide un hansom, indicando que tu hombre no debe ser ni el primero ni el segundo que se presente. Súbete a ese hansom y conduce hasta el extremo Strand del Lowther Arcade, entregándole al taxista la dirección en un papelito, con la solicitud de que no lo deseche. Ten preparado tu pasaje, y en el momento en que tu taxi se detenga, corre a través del Arcade, calculando llegar al otro lado a las nueve y quince. Allí encontrarás un pequeño coche furgón esperando junto a la acera, conducido por un tipo con un pesado abrigo negro cuyo cuello está rematado de rojo. Súbete a él, y llegarás a Victoria a tiempo para el expreso continental.

—¿Dónde nos encontraremos?

—En la estación. El segundo vagón de primera clase desde el frente estará reservado para nosotros.

—¿El vagón es nuestro punto de encuentro, entonces?

—Sí.

Fue en vano que le pedí a Holmes que se quedara esa noche. Me era evidente que pensaba que podría acarrear problemas en el techo bajo el que se resguardaba, y que ese era el motivo que le impulsaba a marcharse. Con unas pocas palabras apresuradas sobre nuestros planes para el día siguiente, se levantó y salió conmigo al jardín, trepó por el muro que conduce a Mortimer Street y,

enseguida, se puso a silbar pidiendo un hansom, en el que lo oí alejarse.

Por la mañana obedecí al pie de la letra las instrucciones de Holmes. Se consiguió un hansom con tal precaución que evitase ser uno de los que ya estaban preparados para nosotros, y salí inmediatamente después del desayuno hacia el Lowther Arcade, atravesándolo a toda prisa. Un coche furgón estaba esperándome, conducido por un chofer corpulento envuelto en un abrigo oscuro, que, en cuanto subí, espoleó al caballo y se lanzó raudamente hacia la estación Victoria. Al bajarme, el conductor giró el coche y se fue sin siquiera mirarme.

Hasta ahí todo había transcurrido de forma admirable. Mi equipaje me esperaba, y no tuve dificultad en encontrar el vagón que Holmes había señalado, más aún dado que era el único del tren marcado como "Ocupado". Mi única fuente de ansiedad ahora era la incomparecencia de Holmes. El reloj de la estación marcaba apenas siete minutos antes de la hora prevista de salida. Busqué en vano entre los grupos de viajeros y despedidas la esbelta figura de mi amigo. No había rastro de él. Pasé unos minutos ayudando a un venerable sacerdote italiano, que trataba de hacer entender a un mal portero, en su destartalado inglés, que su equipaje debía ser facturado hasta París. Luego, tras echar un último vistazo, regresé a mi vagón, donde descubrí que el portero, a pesar del billete, me había asignado como compañero de viaje a mi decrépito amigo italiano. Fue inútil explicarle que su presencia era una intromisión, ya que mi italiano era incluso más limitado que su inglés; simplemente encogí los hombros con resignación y seguí esperando ansiosamente a mi amigo. Un escalofrío de miedo me recorrió, pensando que su ausencia podría significar que durante la noche había ocurrido algún percance. Ya se habían cerrado todas las puertas y sonado el silbato, cuando—

—Querido Watson —dijo una voz—, ni siquiera te has dignado a decir buenos días.

Me volví, atónito. El anciano eclesiástico había girado el rostro hacia mí. Por un instante se suavizaron las arrugas, la nariz se alejó del mentón, el labio inferior dejó de sobresalir y la boca de murmurar, los opacos ojos recobraron su brillo, y la figura encorvada se enderezó. Al siguiente instante, todo el cuerpo volvió a colapsar, y Holmes se había esfumado tan rápido como había aparecido.

—¡Dios mío! —exclamé—, ¡cómo me has asustado!

—Todas las precauciones siguen siendo necesarias —susurró—. Tengo razones para pensar que nos tienen en la mira. Ah, allí está el mismísimo Moriarty.

El tren ya había comenzado a moverse mientras Holmes hablaba. Al mirar atrás, vi a un hombre alto abriéndose camino furiosamente entre la multitud, agitando la mano como si deseara detener el tren. Sin embargo, era demasiado tarde, pues íbamos ganando velocidad rápidamente, y en un instante ya habíamos dejado la estación.

—Con todas nuestras precauciones, ves que hemos cortado el hilo bastante justo —rió Holmes. Se levantó y, echándose el cassock negro y el sombrero que habían formado su disfraz, los metió en una bolsa de mano.

—¿Has visto el periódico de la mañana, Watson?

—No.

—¿Entonces no has visto lo de Baker Street?

—¿Baker Street?

—Anoche incendiaron nuestras habitaciones. No hubo mayores daños.

—¡Dios mío, Holmes! Esto es intolerable.

—Deben haber perdido por completo mi rastro tras el arresto de su matón. De lo contrario, no habrían imaginado que había regresado a mis cuartos. Evidentemente han tomado la precaución de vigilarte, y eso es lo que ha traído a Moriarty a Victoria. ¿No habrás cometido alguna metedura de pata al venir?

—Hice exactamente lo que me aconsejaste.

—¿Encontraste tu coche furgón?

—Sí, estaba esperándome.

—¿Reconociste a tu cochero?

—No.

—Era mi hermano Mycroft. Es una ventaja arreglárnoslas sin tener que confiar en un mercenario. Pero debemos planear qué haremos con Moriarty ahora.

—Siendo que este es un expreso, y que el barco corre en conexión con él, creo que lo hemos despistado bastante eficazmente.

—Querido Watson, evidentemente no comprendiste mi intención cuando dije que este hombre puede tomarse como alguien en el mismo plano intelectual que yo. ¿Imaginas que, si yo persiguiera, me dejaría burlar por un obstáculo tan insignificante? ¿Por qué, entonces, deberías pensar tan mezquinalmente de él?

—¿Qué hará?

—¿Lo que yo haría?

—¿Y qué harías tú, entonces?

—Contrataría a un especialista.

—Pero debe ser tarde.

—En absoluto. Este tren para en Canterbury; y siempre hay al menos un retraso de quince minutos en el barco. Nos atraparé allí.

—Uno pensaría que fuéramos los criminales. Dejémosle arrestado a su llegada.

—Sería arruinar el trabajo de tres meses. Atraparíamos al pez gordo, pero los pequeños se escabullirían por aquí y por allá, fuera de la red. El lunes nos llevaríamos a todos. No, un arresto es inadmisibile.

—¿Y qué haremos, entonces?

—Bajaremos en Canterbury.

—¿Y luego?

—Pues tendremos que emprender un viaje a campo a Newhaven y de allí a Dieppe. Moriarty volverá a hacer lo que yo haría: se subirá a París, marcará nuestro equipaje y esperará dos días en la estación. Mientras tanto, nos daremos el gusto de adquirir un par de maletines, fomentar la producción de los países por los que viajemos, y nos encaminaremos a nuestro ritmo hacia Suiza, pasando por Luxemburgo y Basilea.

En Canterbury, por lo tanto, descendimos, solo para descubrir que tendríamos que esperar una hora antes de poder tomar un tren a Newhaven.

Aún miraba con cierta melancolía el vagón de equipajes que se alejaba rápidamente, cuando Holmes me tiró de la manga y señaló en dirección a las vías.

—Ya, ves —dijo.

A lo lejos, entre los bosques de Kent, se alzaba un delgado hilo de humo. Un minuto después se veía una locomotora y un coche furgón volando por la curva abierta que conduce a la estación. Apenas tuvimos tiempo de ubicarnos detrás de un montón de equipaje cuando pasó, retumbando y rugiendo, lanzando un soplo de aire caliente a nuestras caras.

—Ahí va —dijo Holmes, mientras observábamos cómo el coche furgón giraba y se balanceaba sobre los puntos—. Hay límites, verás, a la inteligencia de nuestro amigo. Habría sido un auténtico golpe de maestro si hubiera deducido lo que yo deduciría y actuado en consecuencia.

—¿Y qué habría hecho si nos hubiera alcanzado?

—No cabe la menor duda de que habría lanzado un ataque asesino contra mí. Sin embargo, es un juego en el que pueden jugar dos. La cuestión ahora es si almorzamos aquí prematuramente o

arriesgamos quedarnos sin comer hasta llegar al buffet de Newhaven.

Aquella noche llegamos a Bruselas y pasamos dos días allí, y al tercer día continuamos nuestro viaje hasta Estrasburgo. El lunes por la mañana, Holmes había telegramado a la policía de Londres, y por la tarde encontramos una respuesta esperándonos en nuestro hotel. Holmes la rasgó, y luego, maldiciéndola amargamente, la arrojó al hogar de las brasas.

—¡Habría debido intuirlo! —gemía—. ¡Se ha escapado!

—¿Moriarty?

—Han detenido a toda la banda, a excepción de él. Se les ha escapado. Por supuesto, cuando abandoné el país, no había nadie capaz de enfrentarse a él. Pero pensé que había puesto el asunto en sus manos. Creo que más te conviene volver a Inglaterra, Watson.

—¿Por qué?

—Porque ahora me encontrarás un compañero peligroso. La ocupación de este hombre se ha acabado. Está perdido si regresa a Londres. Si he interpretado bien su carácter, dedicará todas sus energías a vengarse de mí. Así lo dijo en nuestra breve entrevista, y me temo que lo quiso decir en serio. Te recomiendo, sin duda, que regreses a tu consulta.

No fue precisamente un ruego para tener éxito con alguien que era a la vez veterano de campañas y viejo amigo. Nos sentamos en el comedor de Estrasburgo discutiendo el asunto durante media hora, pero esa misma noche reanudamos el viaje y estábamos ya en camino a Ginebra.

Durante una semana encantadora vagamos por el valle del Ródano, y luego, bifurcándonos en Leuk, emprendimos el camino por el paso del Gemmi, aún cubierto de nieve, y así, pasando por Interlaken, llegamos a Meiringen. Fue un viaje precioso, con el delicado verdor de la primavera abajo, el inmaculado blanco del invierno arriba; pero me quedó claro que ni por un instante Holmes

olvidaba la sombra que lo perseguía. En los pintorescos pueblos alpinos o en los solitarios pasos montañosos, podía ver por el rápido brillo de sus ojos y su aguda observación de cada rostro que se cruzaba con nosotros, que estaba convencido de que, por donde camináramos, no podíamos librarnos del peligro que pisoteaba nuestros pasos.

Recuerdo una vez que, al pasar por el Gemmi y caminar por la linde del melancólico Daubensee, una gran roca que se había desprendido de la cresta a nuestra derecha retumbó y rugió al caer en el lago tras nosotros. En un instante, Holmes corrió hacia la cresta, y, erguido en un alto pináculo, estiró el cuello en todas direcciones. Fue en vano que nuestro guía le asegurase que la caída de piedras era algo habitual en primavera en aquel lugar. No dijo nada, pero me sonrió con el aire de quien contempla el cumplimiento de lo que había anticipado.

Y, sin embargo, a pesar de tanta vigilancia, nunca se mostró abatido. Al contrario, jamás recuerdo haberle visto tan animado. Una y otra vez volvió a mencionar que, si lograra asegurarme de que la sociedad quedaba libre del profesor Moriarty, terminaría mi carrera con alegría.

—Creo, Watson, que podría llegar a decir que no he vivido en vano —comentó—. Si mi historial se cerrara esta noche, aún podría mirarlo con ecuanimidad. El aire de Londres es más dulce por mi presencia. En más de mil casos no creo haber utilizado mis facultades del lado equivocado. Últimamente he sentido la tentación de indagar en los problemas que la naturaleza ofrece en lugar de aquellos tan superficiales por los que nuestra artificial sociedad es responsable. Tus memorias llegarán a su fin, Watson, el día en que corona mi carrera con la captura o extinción del criminal más peligroso y capaz de Europa.

Seré breve y preciso en lo poco que me queda por contar. No es un tema sobre el que desee detenerme, y sin embargo, soy consciente de mi deber de no omitir ningún detalle.

Fue el 3 de mayo cuando llegamos al pequeño pueblo de Meiringen, donde nos alojamos en el Englischer Hof, entonces regentado por Peter Steiler el mayor. Nuestro casero era un hombre inteligente, y hablaba un inglés excelente, habiendo servido tres años como mozo en el Grosvenor Hotel de Londres. Siguiendo su consejo, aquella tarde del 4 partimos juntos con la intención de cruzar las colinas y pasar la noche en la aldea de Rosenlauri. Sin embargo, teníamos estrictas órdenes de, en ningún caso, pasar las cataratas de Reichenbach, que se encuentran a mitad de la colina, sin hacer un pequeño desvío para verlas. Es, en verdad, un lugar aterrador. El torrente, hinchado por el deshielo, se precipita en un abismo tremendo, del cual la bruma se eleva como el humo de una casa en llamas. El conducto por el que se arroja el río es un inmenso precipicio, revestido de resplandeciente roca negra, y que se estrecha hasta convertirse en un hervidero espumoso de profundidad incalculable, que rebosa y empuja el torrente sobre su borde dentado. El largo chorro de agua verde que ruge sin cesar, y la espesa cortina de rocío que sisea hacia arriba eternamente, hacen que uno se sienta mareado con su constante torbellino y estrépito. Nos plantamos cerca del borde, asomándonos al destello del agua quebrada muy abajo contra las rocas negras, y escuchando el grito medio humano que surgía, retumbante, con la bruma, desde el abismo.

El sendero ha sido cortado a mitad de la caída para ofrecer una vista completa, pero termina bruscamente, obligando al viajero a regresar por donde vino. Ya nos habíamos dado la vuelta para hacerlo, cuando vimos a un muchacho suizo correr por él, portando una carta en la mano. Llevaba el sello del hotel del que acabábamos de salir, y estaba dirigida a mí por el casero. Al parecer, pocos minutos después de nuestra partida, había llegado una dama inglesa en la última etapa de la consumption. Se había pasado el invierno en Davos Platz y se dirigía ahora a reunirse con sus amigas en Lucerna, cuando una repentina hemorragia la alcanzó. Se pensaba que difícilmente viviría unas horas más, pero le habría consolado enormemente ver a un médico inglés, y, si tan solo regresaba, etc.

El buen Steiler me aseguró en un posdata que él mismo consideraría mi regreso como un gran favor, puesto que la dama se negaba rotundamente a ver a un médico suizo, y él no podía evitar sentir que incurría en una gran responsabilidad.

La súplica era imposible de ignorar. Resultaba impensable rechazar la petición de una compatriota moribunda en tierra extraña. Sin embargo, tenía mis escrúpulos acerca de dejar a Holmes. Finalmente se acordó que él se quedaría con el joven mensajero suizo como guía y compañero mientras yo volvía a Meiringen. Mi amigo se quedaría un rato en las cataratas, dijo, y luego descendería despacio la colina hasta Rosenloui, donde me encontraría con él por la tarde. Al alejarme, vi a Holmes, recostado contra una roca y con los brazos cruzados, mirando fijamente el torrente de las aguas. Esa fue la última vez que llegué a verle en este mundo.

Cuando estuve cerca del final del descenso, miré hacia atrás. Desde esa posición era imposible ver la caída, pero pude distinguir el sendero curvo que serpentea por el hombro de la colina y conduce hasta ella. A lo largo de ese camino, recuerdo que un hombre caminaba muy raudo.

Pude ver claramente su silueta negra perfilada contra el verdor de fondo. Lo observé, así como la energía con la que caminaba, pero pronto se desvaneció de mi mente mientras me apresuraba en mi encargo.

Puede que haya pasado poco más de una hora antes de que llegara a Meiringen. El viejo Steiler me esperaba en el umbral de su hotel.

—Bueno —dije, apresurándome—, espero que ella no esté peor.

Una mirada de sorpresa cruzó su rostro, y al primer temblor de sus cejas, mi corazón se volvió plomo en el pecho.

—¿Tú no escribiste esto? —exclamé, sacando la carta de mi bolsillo—. ¿No hay ninguna enferma inglesa en el hotel?

—¡Por supuesto que no! —exclamó—. ¡Pero lleva el sello del hotel! Ja, debió haber sido escrito por ese inglés alto que entró después de que te fueras. Dijo—

Pero yo no esperé explicaciones del casero. Con un estremecimiento de miedo ya corría por la calle del pueblo, en dirección al sendero que había recorrido hace poco. Me había tomado una hora descender. Por todos mis esfuerzos, pasaron dos más antes de que me encontrara de nuevo en las cataratas de Reichenbach. Allí estaba el bastón alpino de Holmes, aún apoyado contra la roca junto a la cual lo había dejado. Pero no había señal de él, y fue en vano que grité. La única respuesta fue mi propia voz reverberando en un eco rodante entre los acantilados.

Fue la vista de ese bastón alpino la que me heló y me enfermó. No se había ido a Rosenloui, entonces. Se había quedado en ese camino de apenas un metro de ancho, con un muro vertical de un lado y un precipicio del otro, hasta que su enemigo lo alcanzó. El joven suizo también se había marchado. Probablemente había sido contratado por Moriarty y había dejado a los dos hombres juntos. ¿Y qué sucedió después? ¿Quién nos contará lo ocurrido entonces?

Me quedé unos minutos tratando de recomponerme, aturdido por el horror de lo sucedido. Luego comencé a pensar en los métodos de Holmes e intenté aplicarlos a la lectura de esta tragedia. Lamentablemente, fue demasiado fácil. Durante nuestra conversación no habíamos llegado hasta el final del sendero, y el bastón alpino marcaba el lugar donde nos habíamos detenido. El suelo, de tonalidad oscura, se mantiene eternamente blando por el incesante rocío, y un ave dejaría su huella en él. Dos hileras de pisadas se marcaban claramente a lo largo del extremo más lejano del sendero, ambas alejándose de mí. No había ninguna que regresara. A pocos metros del final, la tierra estaba transformada en un parche de barro, y las ramas y helechos que bordeaban el precipicio estaban destrozados y desaliñados. Me eché sobre mi rostro y me asomé, mientras el rocío surgía a mi alrededor. Se había oscurecido desde que me fui, y ahora apenas podía ver aquí y allá el

brillo de la humedad en las paredes negras, y a lo lejos, al final del abismo, el destello del agua rota. Grité; pero lo único que se devolvió a mis oídos fue el mismo grito medio humano de la catarata.

Pero estaba destinado que, al fin, recibiera una última despedida de mi amigo y camarada. He dicho que el bastón alpino había quedado apoyado contra una roca que sobresalía en el sendero. Desde lo alto de aquella peña, algo brillante llamó mi atención, y al levantar la mano, descubrí que provenía del plateado estuche de cigarrillos que solía llevar. Al recogerlo, un pequeño cuadrado de papel, sobre el que había reposado, se dejó caer flotando hasta el suelo. Al desplegarlo, encontré que consistía en tres páginas arrancadas de su cuaderno y dirigidas a mí. Era característico del hombre que la dirección fuese precisa y la letra tan firme y clara, como si hubiese sido escrita en su estudio.

—Querido Watson —decía—, escribo estas pocas líneas por cortesía del señor Moriarty, quien aguarda mi conveniencia para la discusión final de aquellas cuestiones que nos separan. Me ha ofrecido un esbozo de los métodos mediante los cuales evadió a la policía inglesa y se mantuvo informado de nuestros movimientos. Sin duda, confirman la altísima opinión que tenía de sus capacidades. Me reconforta pensar que podré liberar a la sociedad de cualquier efecto ulterior de su presencia, aunque temo que ello conlleve un precio que dolerá a mis amigos y, en especial, a ti, querido Watson. Ya te he explicado, sin embargo, que mi carrera había alcanzado ya su crisis, y que ninguna conclusión posible podría ser más acorde a mí que ésta. De hecho, si me permites una confesión total, estaba convencido de que la carta de Meiringen era un engaño, y te dejé partir en aquella misión bajo la persuasión de que algo de tal suerte sucedería. Dile al inspector Patterson que los documentos que necesita para condenar a la banda están en el casillero M, en un sobre azul, con la inscripción "Moriarty". Hice todas las disposiciones de mi patrimonio antes de abandonar Inglaterra, y se lo entregué a mi hermano Mycroft. Rinde mis saludos a la señora Watson, y créeme, querido amigo,

Muy sinceramente,
«Sherlock Holmes»

Bastan unas pocas palabras para relatar lo poco que queda. Un examen de peritos no deja la menor duda de que el enfrentamiento personal entre los dos hombres terminó, como era de esperarse, en su derrumbe mutuo, abrazados entre sí. Cualquier intento de recuperar los cuerpos fue absolutamente inútil, y allí, en lo profundo de aquel espantoso caldero de agua en remolino y espuma hirviente, yacerá para siempre el criminal más peligroso y el campeón supremo de la ley de su generación. El joven suizo jamás fue vuelto a encontrar, y no cabe duda de que fue uno de los numerosos agentes que Moriarty tenía a su servicio. En cuanto a la banda, quedará en la memoria del público lo completamente que las pruebas acumuladas por Holmes expusieron su organización, y lo pesado que resultó el peso del difunto sobre ellos. Durante los procedimientos salieron a la luz muy pocos detalles de su terrible jefe, y si ahora me he visto obligado a hacer una declaración clara de su carrera es debido a aquellos imprudentes campeones que han procurado limpiar su memoria con ataques contra él, a quien siempre consideraré el mejor y más sabio hombre que he conocido.

FIN

1. [El problema final - Arthur Conan Doyle](#)
2. [El problema final](#)

HITOS

1. [Portada](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB